

CINE

"Sonata de otoño"

Bergman ha decidido desprenderse del onirismo tan frecuente en sus películas, para abordar en términos realistas una historia sin aparente trascendencia, o al menos sin esa trascendencia globalizadora tan característica de su cine. "Sonata de otoño" no encierra más misterio del que se muestra en la pantalla: una madre y una hija discuten acaloradamente durante una noche en una especie de ajuste de cuentas íntimo. A través de su conversación se descubren las interioridades de una relación poco satisfactoria. Cada una de las mujeres conserva hacia la otra un tormentoso complejo de culpa que le impide plantearse su vida en términos auténticamente adultos. Para clarificarlo aún más, una tercera mujer —hija y hermana respectivamente de las dos protagonistas— sufre no ya sólo angustias similares, sino el deterioro físico de una enfermedad que la incomunica con los demás y la condena irreversiblemente a muerte.

Sorprende la sencillez de esta historia de Bergman, acostumbrados como estamos a sus complejidades. Pero sorprende aún más que esa sencillez conduzca a una simplicidad de anécdota y de tratamiento dramático. Puestos a sorprenderse, es bastante insólito que Bergman haya cargado las tintas de un melodrama común con terrorismos que en ocasiones bordan lo grotesco: la madre sufre por la reciente muerte de su amante; la hija mayor sufre por el aborto al que fue obligada y sufre luego más por la muerte de su hijo de cuatro años; la enferma sufre por un amor interrumpido y por sus desesperados intentos de hablar y no conseguirlo; el marido sufre ante tanto sufrimiento ajeno, y entre unas cosas y otras, a Bergman se le escapa la inteligente conversación entre madre e hija —tan posiblemente cercana a cualquier relación paterno-filial— para obligarse a crear tensiones dramáticas con esos motivos de sufrimiento que va desvelando pro-



"Superman", de Richard Donner.

gresivamente. Como si no tuviera suficiente confianza en el único momento dramático defendible de su película o en las excelentes actrices que lo interpretan, se ve obligado a "adornar" la conversación central. Adornos que nada clarifican en lo fundamental y que alejan o sorprenden como queda dicho.

Siendo ésta probablemente la última obra que se ve forzado a rodar fuera de su país, quizá Bergman sea recuperable en sus próximas películas. ■ DIEGO GALAN.

"Superman"

Ya tenemos con nosotros al justiciero volador, defensor del orden establecido, superego de tantos de nosotros. ¿Quién no ha soñado con los poderes exclusivos de Superman? ¿Quién no se ha sentido envidioso de esa posibilidad de transformar nuestra apariencia gris en omnipotencia que admire a todos? Pues aquí está la superproducción cinematográfica de moda, que llegó incluso a clausurar el reciente Festival de Berlín como si se tratara

de una obra filmica mínimamente interesante o digna.

No lo es, sin embargo. La película dirigida por Richard Donner está tan llena de vulgaridades —tanto en el tratamiento de su anécdota como en la resolución de sus efectos visuales— que no puede uno creerse que haya dado tanto que hablar. Está tan pésimamente contado todo que incluso se entienden mal algunos pasajes de la narración: "Superman" carece de la mínima sabiduría exigible a cualquier profesional del medio. Puede, sin embargo, que esas confusiones no sean tales, sino sólo siembras fértiles para nuevas partes; para terror de todos nosotros, al final de esta película se anuncia que el próximo año padeceremos un "Superman 2", y a partir de ahí es inevitable que vayan apareciendo otros y otros. Pero sólo si Richard Donner no se hace cargo de dirigirlos, es posible que merezcan verse: su trabajo es gris y aburrido, incomprensible para una película a la que debe exigírsele imaginación, brillantez y espectáculo vistoso. Ya sabemos que no puede ser "Superman" una película que desmitifique al

reaccionario personaje de los "cómic" ni que proponga alguna otra inquietorrez. Pero dentro de sus propias reglas, podía engañar menos. Y aquí se engaña hasta en el reparto, haciendo aparecer en los carteles los nombres de unos famosos actores que luego realizan un trabajo que ha recaído normalmente en extras anónimos.

Es un timo. No se cumple lo anunciado. No se ofrece a cambio algo que valga la pena. Podían haberse quedado en casa con este "Superman" de pacotilla. Pero las multinacionales son omnipotentes; ellas sí que vuelan y realizan prodigios. Ellas sí que defienden el orden establecido con entusiasmo. En lugar de remitirse a personajes marginales, podían hacer su propio retrato. No entraríamos en la ciencia-ficción, pero nos enteraríamos de cosas saludables. ■ D. G.

"Toque de queda"

Los hechos ocurridos en el pasado, más o menos reciente, están ahí; son historia y pertenecen a la colectividad; reflexionar sobre ellos, recrearlos en uno u otro sentido, es un derecho. En "Toque de queda", Iñaki Núñez reconstruye los días vividos por una mujer condenada a muerte e indultada por estar embarazada. Eran los tristes días de septiembre de 1975, cuando el dictador, en sus últimos estertores que nosotros desconocíamos, se disponía a morir matando con el beneplácito y la solidaridad de muchos que ahora van de demócratas y que, sin embargo, en aquellos días de miedo y desolación ni se les ocurrió dimitir. El padre del niño que todavía no había nacido fue fusilado al igual que otros cuatro antifascistas partidarios de la lucha armada. La mujer, desde la cárcel, vive momentos de dolor y desesperación. Cuando pasa el tiempo, cuando el niño ya ha nacido y ella está en libertad, vuelve a su casa, a la casa que fuera suya y de su esposo.

Los hechos contados en la película son indudablemente hechos terribles. Sin embargo, Iñaki Núñez no ha sabido elaborar con ellos una película convincente. Porque por el mero hecho de recoger en la historia unos hechos

Cultura a la contra:

Alegrías de la Corte

El mundo está rígidamente dividido en hombres y mujeres; papeles que no deben cambiarse ni entremezclarse, so pena de incurrir en los mayores castigos legales y en la repulsa de la sociedad entera. Papeles que no responden necesariamente al comportamiento sexual de los individuos, sino a detalles de modas y costumbres. Por ejemplo, el vestido: prohibidísimo está el adoptar la vestimenta o adornos que se supone pertenecen al sexo contrario. Y esto no es cosa de hoy: en la antigua Grecia, que se supone sin mucho fundamento un ejemplo de sociedad sexualmente permisiva, se podía llegar a castigar con la muerte al travesti, a no ser que tuviese un significado religioso codificado. Y los animistas indios y siberianos convertían en chamán al hombre que adoptase vestidos o costumbres femeninos. No le mataban, sino que le endiosaban y hacían de él un intermediario entre hombres y dioses; pero, de hecho, le separaban rígidamente del resto de la tribu. Ignoro el origen de este horror al travesti; tal vez, y aceptando la teoría del matriarcado primitivo, a los hombres les costase tanto liberarse del yugo matriarcal—como les cuesta hoy a las mujeres librarse del patriarcal— que viesan con horror cualquier afeminamiento.

Es curioso que el travestismo femenino no esté castigado entre nosotros, sino que incluso sea fomentado por la moda. Se impulsa a las mujeres a que usen vestimentas masculinas, pantalones, corbatas y trajes de chaqueta. Es más: se tiende al llamado "unisex", que es, en realidad, un modo de no-diferenciación entre sexos, pero adoptando ambos las características del uniforme que, a lo largo de los siglos, la sociedad ha ido moldeando para los machos de la especie. Hay autores—Burroughs, por ejemplo— que pretenden que nuestra sociedad no es patriarcal, sino matriarcal. Lo que sí está claro es que se trata de una sociedad rígidamente sexista, y que cualquier desviación de la norma o intento de romper las barreras morales—que no las físicas: se respeta mucho más al transexual castrado, convertido en "mujer", que al travesti— es reprimido con dureza.

Hablo de esto porque en nuestros tiempos de recién estrenada "democracia"—extraña democracia donde mueren niños por pedir agua— se han puesto de moda las redadas de travestis. Los controles nocturnos, las detenciones y las vejaciones a ciudadanos travestidos o menores de edad son continuas: se alega para ello el "escándalo" y la represión de la prostitución. Mientras tanto, en barras americanas la prostitución ortodoxa—la que, como la maternidad, es propiedad (y también fardo) de la mujer— es tolerada. Incluso se permite cierta homosexualidad "discreta". Lo que nos falta, claro—lo que se nos roba—, es libertad de expresión. Y no me refiero tan sólo—aunque también— a la mordaza que, sobre ciertas materias, se impone y se impondrá a los medios de comunicación, sino a la libertad de expresión individual, a la famosa—y mal entendida por las izquierdas tradicionales— "libertad del cuerpo". Nadie es libre de expresar sus deseos y apetencias de manera clara; nadie puede utilizar el lenguaje más antiguo del mundo: el lenguaje del vestido, del adorno, de los gestos. Tal lenguaje, castrado y unidimensionalizado, debe ceñirse al modelo de personalidad que se nos impone; todos debemos adoptar la máscara gris que caracteriza al hombre irremisiblemente adaptado. A veces—¡oh, respiro!— las modas cambian y se nos permite una cierta diversidad dentro de la uniformidad.

Las alegres chicas de Madrid lloran por las noches, y los chicos tienen que huir de los blancos zetas mortíferos. La tristeza nos invade a todos cada vez más. ■ EDUARDO HARO IBARS.



"Toque de queda", de Iñaki Núñez.

terribles no sale una buena película. Y parece que en "Toque de queda" Núñez se ha confiado demasiado en la fuerza de la historia por sí misma. Ha fallado estrepitosamente. Es doblemente doloroso ese fracaso: en primer lugar, porque lo ocurrido a finales del 75 fue demasiado brutal para que luego sea todo destruido en una mediocre película; en segundo lugar, porque la producción es alavesa y parece que fuera un primer intento de lanzar un cine independiente y descentralizado (un cine vasco en este caso).

La película es una sucesión de interminables planos, aburridos momentos que nunca acaban. Lo que se cuenta se podía contar igual con la tercera parte del tiempo. Parece como si Núñez buscara una narrativa apoyada en imágenes sugestivas. No sugieren nada. Simplemente aburren. Incluso son pedantes (pedantería que ni tan siquiera sabe que ilustrar con el manoseado "adaggio" de Albinoni es más

propio de un aficionado adolescente que de un conocedor de la música).

Es una lástima. Los hechos se merecían otra película. Sufrimos tanto en aquellos meses que indigna pensar que sólo por ello alguien haya creído que íbamos a aplaudirle. ■ E. LUQUIN.

TEATRO

"Los japoneses no esperan"

Ya desde el mismo título de su última comedia (intencionadamente nebuloso), Ricardo Talensnik parece luchar contra el patético convencionalismo que su propuesta dramática encierra. La insatisfacción matrimonial, el fracaso sentimental a manos de la monotonía gris de unos personajes grises que se ahogan en su miserable inercia, deja paso, como particular salida, a un tercer personaje que configura con su presencia el manido triángulo, punto de escape al formalismo social que reduce al hombre a un mero instrumento programado para la infelicidad eterna. Un punto de luz, un escape para rejuvenecer e intentar lograr de nuevo la ilusión perdida, la libertad personal y el pálpito por una aventura amorosa. Una proposición dramática demasiado manoseada (y sobre la que los escritores hispanoamericanos han

Charo López, Fernando Delgado y María Silva, intérpretes de "Los japoneses no esperan", de Ricardo Talensnik.

